

Utilidad y papel de los partidos centristas



Jueves 11 de marzo de 1937

Existen apariencias que nos engañan en lo concerniente a los partidos centristas, que quizás creemos que son formaciones inevitablemente débiles, y también inevitablemente condenadas a desaparecer, no siendo más que una supervivencia anacrónica de recuerdos ya caducados.

Pero si recordamos algunos hechos muy cercanos a nuestros días, encontraremos la época en que esos partidos medios eran los más fuertes, mientras que los partidos extremistas se revelaban tan débiles que se escondían casi bajo el ala derecha de los moderados o bajo el ala izquierda de los radicales. Era por todas partes la época de una legalidad constitucional común, de una noción, aceptada por los partidos gubernamentales y fuertes, de la Sociedad, del Estado e incluso de la forma de gobierno. Los dos grandes partidos o las dos grandes coaliciones de entonces seguían caminos diferentes y opuestos, pero siempre convergentes de un centro que permanecía en su lugar de enlace.

Ahora la situación ha cambiado completamente. Los grandes partidos de hoy a menudo se encuentran para luchar, caminando cada uno al asalto del Estado y de la presente sociedad. Alrededor de esas instituciones, sólo existen los partidos del centro, a menudo confundidos con el ala izquierda de la derecha o con el ala derecha de la izquierda.

Este fenómeno de nuestros días no es una novedad sin precedentes. Apareció antaño en la época, variable según los países, de la lucha por el constitucionalismo moderno, inspirado por la Revolución Francesa. Veíamos entonces enfrentarse los dos grandes partidos de los absolutistas y de los revolucionarios; fue después del establecimiento de ese régimen cuando la fuerza política estuvo representada por los partidos medios conservadores y liberales.

Podemos obtener de la experiencia histórica una lección según la cual los partidos centristas son los más débiles en el momento de un profundo trastorno social y político, mientras que se convierten en los más fuertes cuando la

legalidad es fundamentalmente admitida, la lucha se realiza casi siempre en superficie hasta que ocurre otra transformación de los soportes del Estado y de la sociedad. Podríamos entonces llegar a otra conclusión, después de haber admitido la debilidad necesaria y lógica de los partidos medios, con ocasión de las grandes transformaciones; éstas podrán ser evolutivas y saludables si los partidos centristas conservan su fuerza en una cierta medida, y si saben cumplir su papel, si no en cambio será la revolución, la catástrofe.

¡Curiosa paradoja! esos partidos son más necesarios cuando se hacen más débiles.

Es un error evidente considerar a los partidos de centro no en función de su fuerza, que es un accidente variable, sino de su posición, que es siempre el rasgo esencial. Podríamos decir aún más; que incluso subrayando o favoreciendo el programa y la tendencia de antaño, un partido que fue extremista se encontrará con gran sorpresa, y quizás a su pesar, en la situación —poco atractiva como todos los deberes— de un partido medio, porque esa postura es el resultado del ambiente y de las iniciativas de otro.

El papel de los partidos de centro en esas circunstancias tan difíciles es asegurar la continuidad de las fuerzas políticas y de la existencia nacional, evolucionando hacia los partidos extremistas más cercanos, pero sin dejarse llevar por éstos, sin deslizarse hacia ellos, sin seguirlos ciegamente, en vez de aconsejarles sobre los programas y contenerlos en la acción, que es precisamente su labor.

Si los partidos centristas saben comprender su papel, y cumplirlo, entonces pueden salvar al país, y remontar la profunda crisis, aceptando incluso su debilidad circunstancial. Diré aún más: lo lograrían mejor si no piden regalos o carteras de regalos más allá de sus propias fuerzas, que se deben proteger, en vez de destruirlas electoralmente. Los regalos de ese orden borran la personalidad del beneficiario, que sería más útil como candidato vencido o ministro no parlamentario.

Tengo por costumbre reforzar mis apreciaciones con hechos de la experiencia española, tan impresionante. En ella podemos ver las terribles consecuencias de la desaparición de los partidos del centro, y sobre todo el olvido por parte de éstos de que su papel es el del sacrificio en provecho del orden, de la prudencia en las soluciones, y de la firmeza en las actitudes.

En España había en el momento de establecerse la república un partido que gozaba de un presente magnífico y de un porvenir asegurado: el partido radical-socialista, cuya creación fue un acierto. Se le aconsejó en las Cortes

Constituyentes empezar la carrera hacia el extremismo junto al partido socialista, queriendo empujar a éste hacia la subasta demagógica, a tal punto que asistimos al espectáculo curioso de ver la prudencia y el sentido de la realidad representadas entonces por los marxistas. El resultado para el país fue la Constitución imposible, la Constitución de la ruina nacional y republicana; y el partido radical-socialista español vio reducida su fuerza parlamentaria de 58 escaños a 3, aunque habiendo conservado cuatro carteras de doce en el gobierno que precedió a las elecciones.

También había entonces un partido republicano histórico, el partido radical, que estaba llamado a representar el papel de partido medio, moderador, con las derechas. Prefirió gozar del gobierno y de la administración con una preponderancia no justificada numéricamente, y a menudo desgraciada para el interés público; y en cambio se le olvidó su tarea de freno ante la reacción, que no eliminó, incluso en el campo donde los radicales parecían ser intransigentes por su tradición de anticlericalismo feroz, que conmueve no como renacimiento de la fe, sino solamente como un escepticismo más. Esa actitud aumentó peligrosamente las oscilaciones, reaccionarias primero, y revolucionarias después. El partido que se olvidó de su papel vio sus 1.00 escaños reducidos a 6.

La izquierda republicana española, que sólo contaba con una docena de diputados en la cámara de 1933, consiguió ganar más de 125 escaños en 1936, que representaban un regalo espléndido de los partidos obreros. Perdió toda su fuerza moral como freno; ya no representaba nada serio. Tuvo que deslizarse rápidamente hacia el extremismo anarquista, desde la reunión de la Cámara; y un mes y medio después del desencadenamiento oficial de la guerra civil (empezada por cierto cien días antes), debía desaparecer completamente. Los beneficiarios de los regalos pagados creyeron haber sido hábiles, fueron engañados, y el país y la República se convirtieron en víctimas.

Los demás partidos de centro fueron barridos por la injusticia del método electoral. Yo anuncié inútilmente que una cámara que oponía de un lado a los señores Calvo Sotelo y Gil Robles y del otro los señores Largo Caballero y Azaña, sin encontrar entre ellos unos grupos tapadera, sería el preludeo parlamentario de la guerra civil en los campos y en las calles.